

# Tipos de Aquí

VI *Nov 18/37*

## LOS LATOSOS *Adorno*

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

Y) creo que Nuestro Señor Jesucristo dijo en el Sermón de la Montaña «¡Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos!», para premiar en parte a los que soportan con resignación a los latosos; porque sólo los verdaderamente mansos tienen la ecuanimidad necesaria para tolerar a estos egregios pobladores del globo terráqueo.

Los latosos... ¿Quién no ha tenido que soportar alguno? Abundan mucho más que las beatas, y ya es mucho decir. Pero lo más notable del caso es que, como los gagos y los calvos, ignoran completamente que son lo que son, Es más: se imaginan que tienen la simpatía por arrobos y que todo el mundo los recibe con los brazos abiertos.

—¿Fulano? ¡Me idolatra! Siempre me está diciendo: «¿Por qué no vienes a verme?» Precisamente, mañana le voy a dar una sorpresa.

Y la sorpresa se la dá de cuatro horas y media para decirle... ¿qué es lo que dicen los latosos? Nada entre dos platos.

—¡Hola, chico! Aquí me tienes.

—Ya te veo.

—Me estarías extrañando un horror, ¿verdad?

—Sí, sí...

—No me digas nada... Si supieras... ¿Te acuerdas de Adalberto? Aquel que estuvo con nosotros en el colegio...

—Tengo una idea vaga.

—Pues figúrate que el pobre envidió hace dos semanas, y está desesperado. Por cierto que una de sus cuñadas es monísima. Se llama Georgina y tiene unos ojos negros que entusiasman a cualquiera. Pero tiene un defecto: es coquetísima. Me lo dijo Armando, el hermano de mi compañero de trabajo. En un baile del Casino dió un pequeño escándalo, porque se empeñó en bailar la con-

ga con Rigoberto. ¿No te acuerdas de Rigoberto? ¡Sí, chico, haz memoria! El hijo de don Pancho, aquel español que tenía una bodega en el barrio de Colón y que se casó con Felisa, la hermana de don Pedro, el dueño de la nevería...

Y así, en este tono, el buen latoso habla y habla, y, a final de cuentas se queda usted sin saber lo que le pasó al pobre Adalberto.

Pero hay latosos que merecen ir a la guillotina sin demora alguna, y son aquellos que se acercan a su mesa de trabajo cuando más enfascado se encuentra usted haciendo algo de importancia, para decirle:

—Los que nacen en Mónaco son monegascos, ¿verdad?

—Sí — dice usted sin abandonar su trabajo.

—¿Y los que nacen en Haití, haitianos?

—Sí.

—¿Y los que nacen en la Groenlandia...?

Y acaba usted por hacerles la célebre pregunta que le hicieron a «Llagustera», el simpático personaje de «La hermana San Sulpicio», de Armando Palacio Valdés.

Los sabios debían inventar un insecticida especial para latosos; pero un insecticida activísimo, capaz de matar a tres o cuatro de una vez, porque yo no sé si estos caballeros propagarán la peste bubónica, pero para mí que son capaces de disolver toda una nación.

Yo tengo un sistema excelente para los latosos, sistema que, con mi generosidad habitual, me permito ofrecer a mis lectores. Cuando me cae uno de estos patriotas, lo primero que hago es decir:

—Ando buscando cinco pesos, chico. ¿Me los puedes prestar?

El resultado es sorprendente. No me dice ni buenas tardes, que era precisamente lo que yo quería.

\* \* \*

